

por ellos. Cayó por último en una debilidad en que ya solo podia mover los labios, y esforzándose á cantar un himno de la Resurreccion, espiró el dia 19 de Marzo de 813.

59. Descollaba en occidente otro modelo no menos admirable, San Benito de Aniano, hijo del conde Maguelon, el que desde su juventud habia servido al Rey Pipino: llegó á ser copero de este Principe, y despues de su muerte logró mucho favor en la corte de Carlo-Magno (1). Intentó desde entonces abandonar el mundo; pero solo se lo declaró á un hombre santo, llamado Vitmar, egercitándose tres años enteros en ayunos, vigiliass y silencio. Viéndose por último en su pais en peligro de muerte, confirmó con voto su resolucion; y dispuesto todo para egecutarla, partió como si hubiera de volver á la corte. Detúvose en el monasterio de San Seine en Borgoña, despidió sus gentes y abrazó la vida monástica. Eligióronle á los cinco años abad por su singular virtud; y no pudiendo comunicar todo su fervor á los monges, se avistó con su querido Vitmar, y levantó con algunos otros solitarios un monasterio pequeño en una tierra de su patrimonio cerca de Montpelliér, en la ribera de un arroyo llamado Aniano del que tomó el nombre. No se contentaba con observar la regla de San Benito en todo su rigor, sino que se alimentaba con un poco de pan, agua y leche, bebiendo vino solamente los domingos. Fue este monasterio en sus principios de tanta pobreza,

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 194.*

que se notaba hasta en la iglesia cuyos vasos sagrados eran de madera y de vidrio; pero en poco tiempo fue magnífico por las liberalidades de los señores del pais y del mismo Rey. San Benito recibia las tierras que le daban, pero siguiendo el egemplo de la humanidad evangélica que los solitarios mas dignos habian puesto en uso en las iglesias de oriente, que consistia en rescatar los esclavos y cultivar los campos por su mano y con sus religiosos. Era de un desinterés y bondad de alma que sin duda tuvo mas admiradores que imitadores; porque preferia perder los bienes que le habian robado, á causar daño al ladron pidiéndolos por justicia. Encontró un dia que iba de viage á un pasajero montado sobre un caballo que habia hurtado al monasterio. Principió al instante el hermano que iba con él á gritar al ladron; mas el Santo le impuso silencio diciendo, que hay muchos caballos que se parecen unos á otros, y despues añadió: bien conocí yo el caballo, pero no quise perder á ese infeliz.

Incitó el egemplo de este santo abad á otros santos personajes á que fundasen comunidades religiosas, que tuvieron á mucho honor arreglar su vida á sus santas instrucciones. Él las servia de padre y de madre, y las asistia en lo temporal y en lo espiritual repartiendo por todos los monasterios del pais lo que recibia con abundancia de las liberalidades de los Reyes y de los fieles; de modo que le llamaban el sustentador de los monges de Gothia y de la Novempopulania, esto es, de Provenza, Langüedoc y Gascu-

ña, y generalmente padre de todos los pobres. El noble y grande carácter de su caridad hacia que los fieles le eligiesen para distribuidor de todas sus limosnas.

Acudían los prosélitos todos los días á Aniano, y ascendiendo el número de los monges á mas de trescientos, se vió obligado el abad á levantar una nueva casa que tenia cien codos de largo y veinte de ancho, y con el tiempo se contaron en ella mas de mil religiosos. Le fue necesario preparar otros monasterios pequeños que despues se llamaron prioratos, á los cuales concedió superiores. Luis, Rey de Aquitania, ó del país que se dilata desde el río Loira hasta los Pirineos, le entregó tambien muchos monasterios en Auvernia, Poitú y Berri para que descargase el de Aniano, el que por la esterilidad de aquel suelo era demasiado numeroso. Colocó Benito un abad en cada una de aquellas casas, reservando para sí la inspeccion ó superioridad general. Pidiéronle bien pronto de todas partes sugetos formados de su mano para restablecer la disciplina monástica en todas las provincias. Envió hasta veinte á Leidrado, arzobispo de Leon, para su monasterio de la Isla-Bárbara: Alcuino logró otros tantos para fundar la abadía de Cormeri; y aunque Teodulfo de Orleans no pudo conseguir mas que cuatro para la de Missi, arruinada con las guerras y ocupada por algunos hombres y mugeres del mundo, la virtud de aquellos hombres pudo tanto que presto se instituyó una comunidad numerosa y edificante.

60. El monasterio de Gelona ó de San Guillermo del desierto, llamado así por haberle fundado Guillermo, duque de Aquitania, y aun mas por haber sido su retiro, á donde llevó la piedad de solitario á tan alto grado como habia llevado en el siglo el valor de héroe, fue la colonia mas ilustre de Aniano (1). Era de la principal nobleza, hijo del conde Teodorico y por parte de madre nieto de Carlos Martel. Agradó á Carlo-Magno por su valentía y su prudencia, sostenida del buen aspecto y ventajosa talla; ó por mejor decir ganó tanto su estimacion, que este Monarca, de un discernimiento exquisito, le confió la comandancia militar condecorándole con el gran título de duque de Aquitania, y enviándole á la frente de sus mejores tropas contra los sarracenos que ya habian tomado á Orange. Llenó Guillermo las esperanzas de su Soberano, tornó á tomar la ciudad, y ganó contra los infieles repetidas victorias tan decisivas que no osaron fijar el pie otra vez en el país. No se señaló menos en las prendas pacíficas que en las de la guerra, procurando reparar los estragos de esta. Trabajaba sin cesar en los negocios públicos, tomaba conocimiento en todas las diferencias, y hacia observar las leyes no solo al pueblo sino tambien á los señores, no permitiendo que abusasen de su poder contra los débiles, de los cuales se mostraba en todas las ocasiones protector y padre. Su religion igualaba á su justicia, sus limosnas eran inmensas, y

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. Vit. S. Guill. = Bolland. 28. Maji.*  
TOM. IX.

sobre esto cuidaba en particular de las personas y de los lugares consagrados al Señor.

Resolvió fundar un monasterio cuyo fervor correspondiese á la santidad de sus intenciones , y fue á ver al abad de Aniano que era su amigo y su director para que le diese algunos religiosos. Él los estableció en Val-Gelon en los montes del territorio Lodove á una legua de Aniano : les dió grandes dominios y les edificó las piezas regulares , como el oratorio, el dormitorio , el refectorio , el noviciado con su enfermería , tahona y una hospedería. Tenia el duque Guillermo dos hermanas tan devotas como él ; la una se llamaba Albana y la otra Bertrana , las que consagró al Señor aunque ya adultas por el grande deseo que tenian de ofrecer su virginidad. Levantaron estas un convento pequeño cerca del monasterio grande.

Movióle mucho la generosidad de este sacrificio: se avergonzaba de ceder en valor á estas delicadas mugeres , y por último hallándose en el mas alto grado de gloria y prosperidad temporal , y cuando gozaba á la sombra de sus laureles la abundancia y el descanso que habia procurado á todo el pais ; rico, querido y honrado de todos , siendo el favorito del Soberano , ó para decirlo mejor , el objeto mas digno de su estimacion y su amistad , teniendo muchos hijos y una esposa virtuosa que se esmeraba en agradarle , se resolvió á hacer al Señor el sacrificio de todos los placeres y de la gloria del siglo. Le pareció que nada debía egecutar sin dar parte á Carlo-

Magno , como á su Emperador y aun mas como á su amigo. A la primera proposicion no pudo el Emperador contener las lágrimas ni oponerse á las inspiraciones del cielo , y así puso todos sus tesoros á la disposicion del duque diciéndole , que sacase de ellos cuanto necesitase para la egecucion de sus devotos designios. Solamente pidió Guillermo una reliquia de la verdadera cruz de Cristo , que seis años antes ó en el año 800 , le habia enviado el patriarca de Jerusalem con motivo de la exaltacion al imperio. No solo le concedió el Emperador esta alhaja inestimable , sino que añadió otras muchas de la misma naturaleza. Llegó Guillermo al monasterio de Gelona con estas riquezas verdaderamente celestiales , pero tambien habia tomado de su propio fondo lo que le pareció conveniente para la magestad del culto eterno , y así llevó cálices de oro y de plata , ornamentos de seda bordados de oro y muchos libros que no eran menos preciosos. Entró en su asilo descalzo y con un cilicio que ocultaba con su traje ordinario. Lo primero que hizo fue ir á la iglesia á ofrecer sus presentes , despues fue á hacer la ofrenda de su persona en el capítulo , en donde pidió con humildad á los monges que le admitiesen en su compañía. Aunque en aquellos tiempos no se tomaba el hábito hasta haber pasado el noviciado , á él se le vistió desde luego , así que le quitaron la barba y el cabello.

Desde este dia de San Pedro de 806 empezó á vivir con la misma pobreza y abatimiento que el último de los monges. Se presentaba con frecuencia de

rodillas ante el abad y los religiosos, y les suplicaba con lágrimas que se olvidasen de su dignidad; „si es dignidad para un cristiano, añadía, haber llevado por tanto tiempo la librea del siglo.” No cesaba de pedir que le ayudasen á domar su orgullo aplicándole á los ministerios mas viles; y con efecto, este vencedor de los sarracenos servia en la cocina y en el refectorio, llevaba el agua y la leña, fregaba, preparaba las legumbres, y cuidaba del molino y del horno. Quiso el Omnipotente honrar con un milagro al que se empleaba en estos ejercicios de humildad con mas alegría que la que habia tenido jamás en recoger las palmas y los laureles. Un dia en que le instaba cocer el pan y no hallaba á tiempo los instrumentos necesarios, con la confianza que Dios le inspiró para su gloria, sacó con sus manos la leña que habia en el horno, y llevó las brasas en un escapulario sin perjuicio de su persona y de sus hábitos. Siete años vivió despues de su retiro practicando la mas sublime perfeccion, y murió conociendo de antemano el tiempo de su muerte, segun se lo habia anunciado al Emperador.

61. Los grandes egemplos de Gelona y de Aniano sirvieron infinitamente para restablecer la disciplina monástica, y el fundador de este segundo monasterio se tiene por uno de los principales restauradores de ella en el occidente. Tenia el reino de Aquitania particular necesidad de esta reforma, porque además del desórden de los reinados anteriores, comun á todas las Galias, las disputas particulares de aquellas pro-

vincias y las irrupciones de los infieles habian alterado tanto las costumbres del clero, que mas bien se aplicaba á los ejercicios militares, al manejo de las armas y de los caballos, que al servicio de Dios. Luis, Rey de Aquitania, acudió al remedio de estos abusos, aconsejándose de San Benito de Aniano, á quien protegió poderosamente en todas las ocasiones. Gustaba este Príncipe mucho de los monges que tenían el espíritu de su estado, y aun él lo hubiera sido al egemplo de su tio Carloman á quien nombra-  
ba siempre con veneracion, si no se lo hubiera impedido el Emperador su padre (1). Se cuentan hasta veintiseis monasterios fundados ó reparados por este Príncipe, la mayor parte muy famosos, como el de Santa Cruz en París, el de Menat y Maulieu en Auvernia, &c., y si la mayor parte reconocen á Carlo-Magno por fundador, es porque se pensaba que el Rey Luis obraba en nombre del Emperador su padre. Muchos señores y obispos renovaron á su egemplo algunos monasterios arruinados, y fundaron otros nuevos y casi por todos ellos procuraban establecer la observancia del de Aniano. Favorecia Carlo-Magno estos establecimientos piadosos, y se puede decir generalmente que él era el principal autor de todo lo bueno que se hacia en su imperio, por el egemplo que no cesaba de dar á los que participaban de su autoridad.

62. Autorizaba con todo su poder aun lo que se hacia fuera de sus vastos estados, para contribuir á las ventajas de la Religion. Ya en el tercer concilio

(1) *Coint. ann.* 802.

de Toledo (\*) habian añadido los españoles al símbolo de Constantinopla la palabra *Filioque*, para declarar contra los griegos que en la Santísima Trinidad procede el Espíritu Santo del Hijo igualmente que del Padre. Se introdujo en Francia la costumbre de recitar públicamente la misma adición, y aun de cantarla en las iglesias ó por lo menos en la capilla real (1). El mismo uso se estableció en una comunidad de monjes franceses que habia entonces en la tierra santa en el monte de los olivos, que conservaba el rito latino. Viéndose estos tratados de herejes por los griegos, se quejaron á Carlo-Magno, el que para justificar ruidosamente la fe calumniada, juntó un concilio en Aix-la-Chapel en Noviembre de 809, y para dar autoridad á la decision, se propuso hacer que la aprobase el Pontífice. Fue pues enviado á Leon III de parte del concilio, Bernaiso, obispo de Worms, con Adalardo, abad de Corbia y con este se juntó Smaragdo, abad de San Miguel en la diócesis de Verdun, y este es el que habiendo asistido á la conferencia que sobre este punto se tuvo en Roma nos ha transmitido las actas.

63. Fueron admitidos los diputados á la audiencia del Papa en la sala secreta de la iglesia de San Pedro, y empezaron probando con el testimonio de los

(\*) En el primer concilio de Toledo se encuentra ya esta adición, pero en el sínodo tercero se vé repetida con mas autenticidad, y cantada solemnemente en el símbolo. Véanse las actas de estos dos concilios en Aguirre.

(1) *Eginard. ann. 809.*

santos doctores, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (1). De esto jamás habia dudado la iglesia romana ni las otras iglesias de occidente; pero por razones que despues han justificado las desavenencias de los griegos con los latinos, no se habia juzgado conveniente insertar en el símbolo la espresion formal de esta verdad. El Pontífice que tiene á su cargo la economía general de la casa de Dios, y está provisto de las gracias de su estado para disponer con la prudencia conveniente, respondió á los enviados de la iglesia de Francia, que él creía como ellos la verdad que espresaba su adición, pero que no podia aprobar que se hiciese esta adición. Replicaron ellos: „si es verdad de fe ¿no se deberá enseñar? ¿podria salvarse el que la ignorara ó no la creyera? Cualquiera, respondió el Papa, que rehusa creerla, no se puede salvar, siempre que le hayan hecho conocer que es una verdad de fe. Supuesto, replicaron los enviados, que no es permitido dejarla de creer, es permitido enseñarla, y por consiguiente el cantarla. Permitido es cantarla, dijo el Papa, mas no el insertarla en unas actas en que los padres prohibieron que se añadiese cosa alguna. Nosotros, dijeron los enviados, no insistimos en que los autores del símbolo no nombrasen al Hijo con el Padre en la procesion del Espíritu Santo, ni que el concilio de Calcedonia y los tres siguientes hayan prohibido añadir ó quitar en este símbolo cosa alguna; ¿pero no hubieran hecho muy bien los que dispusieron el

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 1199.*

símbolo en aclarar un misterio tan importante, añadiendo cuatro sílabas, cuales son *Filioque*? Respondió el Papa: yo no quiero juzgarlos, ni imagino que no viesen como nosotros las consecuencias de su reserva, prohibiendo que se hiciese en el símbolo así esta adición como cualquiera otra. Yo estoy tan lejos de preferirme á los que le dispusieron, que no permita Dios que me atreva á igualarme con ellos. Tampoco permita Dios, dijeron los enviados, en nosotros tal presunción; pero queremos instruir á los pueblos en los dogmas de salud por los medios mas propios para disipar la ignorancia. Si supierais, Santo Padre, los millares de personas que han aprendido la verdad cantando de este modo el símbolo, tal vez seriais de nuestro parecer.”

„No es precisamente el canto, dijo el Papa, sino la adición, la que no quiero consentir; porque para facilitar la instrucción por ese camino, seria necesario añadir al símbolo todos los demás artículos de fe, cuando á alguno se le antojara darlo por indispensable. ¿Por ventura es necesario espresar que el Hijo, Sabiduría y Verdad, es engendrado de la Sabiduría y de la Verdad? No obstante, sabemos que los padres no insertaron este artículo en el símbolo: ved aquí por qué nosotros recitamos el símbolo sin añadir nada, aunque tenemos cuidado de enseñar en los tiempos y lugares convenientes las verdades que no se espresan en el símbolo. Replicaron los enviados: por lo que vemos, quiere vuestra Santidad que se empiece por quitar del símbolo la adición que se ha hecho,

mediante lo cual permite que se cante. Esto es lo que decidimos, dijo el Papa, y os exhortamos á conformaros. ¿Conque es bueno, dijeron los enviados, cantar el símbolo, con tal que se quite lo que deseais? Sí, respondió el Papa, pero Nos lo permitimos simplemente sin ordenarlo. Replicaron los enviados: si se continúa en cantar el símbolo quitando la palabra de que se trata, ¿no se figurará todo el mundo que este artículo es contrario á la fe? ¿Qué nos aconsejais que se haga para evitar este inconveniente? Si me hubieran consultado, dijo el Papa, antes de cantarle, hubiera respondido yo que no se hiciese la adición; pero el espediente que ahora me ocurre, bien que sin imponer obligación, es, que supuesto que en nuestra iglesia no se canta el símbolo, cesen poco á poco de cantarle en el palacio. Acontecerá de este modo, que lo que sin autoridad se introdujo, se vaya insensiblemente abrogando. Tal vez será este el mejor camino de hacer frente á los obstáculos de vuestra innovación, sin que la fe sufra detrimento alguno.”

He aquí extractada la conferencia de Leon III con los diputados del concilio de Aix-la-Chapel. Bien considerado el asunto, el Pontífice no desaprobaba haber añadido al símbolo, sino haber insertado en él una palabra para esplicar una verdad ya decidida en la Iglesia, como que esto se habia hecho sin la autoridad necesaria para asuntos de tanta importancia. Esta conferencia que no imponia obligación no produjo efecto alguno; y así en Francia se cantaba el

símbolo con la palabra *Filioque*, y en Roma no se tuvo por útil hacer la adición ni principiar todavía á cantar el *Credo*. Mas hizo el Papa: porque grabó sin esta adición el símbolo en dos escudos de plata, cada uno de cien libras de peso, y existe en el uno en latin, y en el otro en griego. Colocáronlos ambos á la derecha y á la izquierda de la confesion de San Pedro, como públicos y religiosos monumentos de la atención de la iglesia romana en conservar el símbolo como le habia admitido.

64 y 65. Consiguió mucha celebridad el abad Smaragdo, que nos ha conservado esta conferencia, por sus escritos, por su eminente piedad, y por la distincion con que enseñó en su monasterio, que era una de las mejores escuelas de su tiempo (1). La Iglesia venera y respeta como santo á Adalardo de Corbia, uno de los principales diputados del concilio de Aix-la-Chapel, y de los primeros hombres de su siglo por su doctrina, por su elocuencia y moderacion. Dábanle el nombre segun las alegorías de aquel tiempo, ya de Agustino por su ingenio, y ya de Antonio por su carácter virtuoso. Era primo-hermano de Carlo-Magno, é hijo de un Príncipe llamado Bernardo, hermano del primer Rey Pipino. Educóse en palacio con los mismos maestros y con el propio cuidado que los hijos del Rey, pero era un ángel en la corte, y esta no tuvo atractivo para él. Cuando Carlo-Magno verificó el divorcio que aplaudia toda la corte, Adalardo que no le reputaba legítimo, tuvo

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 306.*

valor para declarar que reprobaba lo que no podia estorbar; y así abandonó el mundo en la flor de su edad y en la cumbre del favor, y se consagró á Dios en el monasterio de Corbia. Para impedir desde allí las visitas de los grandes y los respetos de todo el mundo, pasó al monte Casino en Italia, monasterio que juzgaba mas seguro asilo su sincera humildad; pero muy pronto le envió á llamar Carlo-Magno, y nombráronle consejero del jóven Pipino su hijo, cuando le nombró Rey de Italia ó de Lombardía en 781. Adalardo fue allí el continuo consuelo de los pobres, y el terror de los déspotas. Ganó así el afecto y estimacion de todos los italianos, y á pesar de las preocupaciones nacionales, les hizo amable el gobierno francés. Estableció una sólida paz entre las ciudades de Espoleto y Benevento. Llegó hasta Grecia la reputacion de su prudencia y beneficencia, y hasta los mismos estrangeros mas preocupados decian comunmente de él, que era un ángel descendido del cielo para la felicidad de los hombres.

66. Cuando este digno ministro obligaba á todos á bendecir el reinado de Pipino que le amaba y le escuchaba como á segundo padre, murió este Príncipe al comenzar tan bella carrera, adorado de sus vasallos y honrado con el afecto y estimacion de Carlo-Magno. El Emperador parecia hasta entonces el Soberano mas feliz y mas glorioso de su siglo; pero el Señor que habia resuelto acrisolar sus virtudes, descargó repetidos golpes sobre él en la parte mas sensible. La muerte, una vez armada de su gua-